

JEROME CHARYN

Ojos azules

UN CASO DE ISAAC SIDEL



Los ojos azules del agente de policía Manfred Coen ven a diario cómo Nueva York se hunde en un pozo negro repleto de crimen, violencia y miseria. La desaparición de la joven Caroline Vander, hija de un millonario, no es más que otro episodio de la tragedia que asola a las familias honradas de la ciudad. En esta ocasión, sin embargo, el caso parece ir más allá de lo común, ya que Caroline no sería la primera niña secuestrada que aparece tiempo después en México.

Para llegar al fondo de la investigación e intentar salvar a la pequeña, Coen deberá regresar al Bronx de su infancia para sondear a antiguos vecinos y amigos que, muy a su pesar, quizá tengan mucho que ver con los secuestros. Fantasmas del pasado, traiciones y lealtades enfrentadas harán casi imposible la tarea de Coen, que ni siquiera sospecha que su propia vida corre peligro.

Ojos azules es un retrato de la Nueva York más desconocida, de sus angostos callejones y de los sabuesos del crimen organizado que se mueven por ellos como pez en el agua.

A HARVEY PHILIP CHARYN

Qué te parece tu chico de ojos azules,
Señora Muerte.

E. E. CUMMINGS, *Buffalo Bill*

PRIMERA PARTE

1

—Coen el Pistolas.

El teniente de guardia dio un codazo a su ayudante y guiñó un ojo a la agente auxiliar, una portorriqueña rubia que se ocupaba de la centralita en las horas de menos jaleo y sentía debilidad por los detectives. El ayudante del teniente tenía la ilusión de ablandar a la *portorriqueña*^[1], procuraba recortarse los pelos de la nariz e, incluso, llegó a probar con perfume francés, pero no sabía decir aún de qué color era la ropa interior de Isobel, ni hacer mención del lunar que tenía encima de la rodilla. Isobel prefería a los hombres de Homicidios.

Los cinco patrulleros de uniforme en la sala de reuniones compartían la opinión del teniente. Se les atragantaban los privilegios de los detectives del segundo piso: placas doradas, misiones gloriosas, oportunidades de magrear a Isobel... Les entró la risa al ver la partida de caza, un surtido completo de escopetas, cigarros y chalecos antibala. Podían tolerar a DeFalco, Rosenheim y Brown, y ya conocían el pavoneo de aquellos don nadies de corbata fina. Despreciaban a Coen. Ganaba más que su sargento y había llegado a detective de primera sentadito en la oficina de algún inspector y como escolta de embajadores y estrellas de cine por cuenta de la Oficina de Servicios Especiales. Estaban seguros de que Coen era un espía del Comisionado Primero, esperaban que volviese con un tiro en la cabeza.

Solo Isobel le deseaba lo mejor. Era el primer *israelita* que conocía con ojos azules. Él no le había pedido que se desnudase en una banqueta de la sala de juntas, como DeFalco y Brown. Él se la llevaba a su apartamento, la desvestía como Dios manda, le compraba tartas de fresa, se pasaba horas sentado con ella en la bañera, y no la obligaba a vestirse a toda prisa. Le vio guardar el arma en una bolsa de la compra. DeFalco se metió entre Coen e Isobel. Esperaba más atenciones de ella. Una hora antes de entrar en servicio, ella le había hecho un arreglo en los bajos junto a las taquillas. Se abrochó el protector inguinal al chaleco antibalas frente a Isobel. Ni siquiera así le miró.

—¿Dónde tienes a tu chico? —le gruñó a Coen.

—Fuera, en las escaleras.

Y allá salieron, cuatro detectives de Manhattan, dejando atrás a Isobel y al guardia de seguridad. DeFalco, Rosenheim y Brown le hicieron el vacío a Arnold el Hispano, que llevaba puestas las esposas de Coen. Era un portorriqueño negro con una pierna de madera. Iba siempre con los detectives en coches sin distintivo, cerca de la sirena si era posible. Había casi vivido con la Brigada de Homicidios hasta que el comandante lo expulsó del edificio por escupir a los prisioneros y hacer proposiciones deshonestas a las sospechosas y a la mitad del cuerpo auxiliar. Bajo las luces verdes, Arnold parecía enfurruñado. Quería ayudarlos a trincar a Chino Reyes, el salteador de taxis, para así poder encargarse de nuevo de las celdas de la brigada. DeFalco no tenía piedad con Arnold. El Hispano era el *confite*^[2] personal de Coen y no prestaba sus servicios a ningún otro detective. Apoyado en su pierna mala, Arnold echó un vistazo a la bolsa de Coen.

—He visto a Chino, Manfred, te lo juro por Dios. Estaba comiendo costillas de cordero en Bummy's, en Broadway Este.

Rosenheim frunció el ceño.

—¿Desde cuándo se mezcla Chino con capitanes y policías de paisano? Ya sabes quién suele andar por ese bar, Coen: si nos colamos ahí, vamos a salir sangrando.

—En Bummy's —insistió el Hispano.

—Métete en el coche —dijo Brown.

Arnold tuvo que hacer fuerza para activar el zapato ortopédico. Al sexto intento, consiguió salvar el escalón. Se metió en el asiento delantero del deslucido Ford verde, entre Coen y Brown. Conducía Brown, el detective más joven. DeFalco y Rosenheim iban repantigados en el asiento trasero.

—Eh, Arnold —susurró DeFalco—. ¿Quieres la sirena?

Arnold se frotó las muñecas con las esposas hasta que se le pusieron azules, pero fue incapaz de decir que no. Se saltaron tres semáforos en rojo, con la sirena atronando entre las rodillas, Arnold cada vez más asustado e impresionado. Por salir de paseo con los polis habría renunciado incluso a tirarse a la hija del verdulero. Llevaba las esposas a la vista del público. Tenía la lengua hinchada de saliva.

—Sujetadlo. El Hispano va a salir volando.

Coen apagó la sirena.

—Dejadle en paz.

Arnold se secó la baba. Rosenheim reía. Coen se puso la bolsa de la compra entre las rodillas. Rosenheim cogió aire suficiente para decir:

—Tiene razón. Coen tiene razón. Los mejores cocos del cuerpo están buscando al loco del pintalabios y a nosotros nos asignan un vulgar negraco chino que les mete puñetazos a los taxistas. ¿Por qué no nos han puesto al Hispano y a mí a buscar al loco? En nada le teníamos trincado, le cortábamos el cacahuete y le ensebábamos que no se puede ir jodiendo a las portorriqueñas de Manhattan Norte.

—Rosenheim —dijo DeFalco—, deja de darle a Arnold información confidencial. Igual luego se lo cree y en lugar de uno tendríamos dos pirados de los que preocuparnos. Déjalo en lo de Chino. Coen y Chino son primos.

Rosenheim y DeFalco sonrieron sin tener que guiñarse siquiera: los dos sabían que Coen sería el primero en entrar en Bummy's y, si por casualidad, Chino le reventaba la cabeza no lo lamentarían, No les hacía gracia trabajar con el nene maravillas. El comisionado se los había impuesto. Si hacía falta partir caras, o hacer el trabajo sucio, podían contar con Brown. El rabino de Coen ya no estaba en la Oficina del Comisionado y a los jefes les faltó tiempo para quitárselo de encima. Había ido rebotando de un departamento a otro. Pero no se podía decir nada cuando él estaba delante. Posiblemente los jefes lo usaban de cebo. Solo un idiota bajaría la guardia cerca de un tío salido de la brigada de chivatos.

Por eso tenían puestas sus esperanzas en Chino. Chino había jurado a Coen freírle los sesos. De padre criollo y madre china, no tenía ningunas ganas de que un detective rubio le tocara la cara. Coen le había humillado delante de sus clientes. Los corredores de apuestas de Chinatown contrataban a Chino para que controlase sus partidas de *fan-tan*. Estaba a buenas con todas las comisarías del centro. Nunca había redadas en las partidas que llevaba él. Pero desde la Oficina del Fiscal del Distrito les cayó un marrón: sobre uno de los caballeros chinos de una de las partidas de Chino pesaba un busca y captura por asesinato en Port Jervis, Nueva York, así que DeFalco, Coen y tres agentes de uniforme se colaron en la partida con una maza, dos placas doradas y la bolsa de la compra de Coen. Entraron a la fuerza por la puerta trasera de la lavandería donde se celebraba la partida. Cachearon a todos los chinos. Tiraron por el suelo las fichas de *fan-tan*. Confiscaron doce mil ocho dólares en efectivo. Chino, con las manos sobre la cabeza, estaba que echaba humo. Se tiró sobre Coen, que estaba ocupado en palpar los bolsillos de un chino. Coen le arreó con el revés de la mano y le abrió una mejilla. Chino se negó a que le tomaran las huellas en comisaría. Coen le forzó la mano sobre la tablilla de huellas y le hizo quedarse

en la celda mientras DeFalco se llevaba a los jugadores a la sala de interrogatorios. Chino escupió a través de los barrotes. Arnold el Hispano, que se ocupaba de las celdas hasta que el comandante le echó, quiso venderle una almohada y una silla. Chino escupió un poco más alto. Arnold se paseó alrededor de la celda tocándose los testículos. Un ayudante del fiscal del distrito examinó a los jugadores detrás del falso espejo de la sala de interrogatorios y avisó a DeFalco que los de Homicidios habían trincado al amarillo equivocado. Los chinos llamaron a sus lacayos desde el teléfono del piso de arriba. Chino estaba en la calle a las cinco horas, pero la redada había afectado su reputación. Los jugadores ya no se sentían inmunes cuando tenían a Chino en el local. Una vez por semana llamaba por teléfono a comisaría. Iba a por Coen.

—Decidle a Ojos Azules que Chino Reyes se acuerda de él.

Tomó por costumbre asaltar quioscos y taxis en el distrito de Coen. Esperaba poner en evidencia a los detectives. Por descuido o exceso de celo, abolló la cabeza de un par de taxistas. Coen llevaba su pistola al trabajo en una bolsa de la compra.

Dejaron el coche en Clinton Street y obligaron a Arnold a quedarse allí. Rosenheim sacudió las esposas de Arnold.

—Es peligroso, Hispano. No querrás que Chino se entere de quién le señaló.

Coen estaba rebuscando en su bolsa. Arnold no pudo captar su mirada. Se quedó enfurruñado en su asiento y se puso a imitar los pitidos y chirridos que salían de la radio policial. «Sector nueve H, acudan al siete cero cinco de De-lancey. Hay un niño con convulsiones. Den aviso a la central si hace falta una ambulancia... Sector siete G, hay una mujer sospechosa en Battery Park».

Rosenheim llegó hasta la entrada lateral del bar y se quedó allí, limpiándose las uñas con una lima. Coen, Brown y DeFalco entraron de golpe por la puerta delantera. No

habían sacado las pistolas, pero Coen tenía la mano metida en su bolsa, Bummy Gilman vio a los tres detectives desde los servicios. Se enjuagó las manos y las dejó bajo el grifo. No tenía por qué tolerar detectives en su local. Los capitanes de comisaría comían con Bummy. Los polis judíos jugaban con él a pinocle en la central. Y tenía a un teniente de uniforme en su reservado. DeFalco apuntó a la bolsa de Coen en el suelo. Bummy siguió poniéndoles mala cara. DeFalco se acercó hasta él.

—Bummy, no tengo nada que ver con esto. Algún pringado de mis colegas dice que Chino Reyes estaba comiendo costillas de cordero aquí en el bar.

—Yo no escondo chinos mierdosos. Vete al local de otro a montar la bronca. Vaya amigos de mierda tienes, DeFalco.

El teniente les llamó desde la mesa de Bummy.

—Bummy, tráelos.

DeFalco se puso firme mientras el teniente se sacudía la camisa.

—¿Quién coño os ha dicho que entraseis en mi territorio con un arma?

—Buscamos a Chino Reyes.

—Que jodan a Chino Reyes —dijo el teniente. Estaba bebiendo *whisky* a palo seco—. ¿Quién es el payaso de la pistola?

—Coen.

El teniente se retrepó en su reservado, sin dejar de masticar.

—¿Manfred Coen? —Se echó un trago de *whisky*—. ¿Buscas a Chino Reyes y te traes al nene del comisionado a Bummy's?

—Ya no está con el comisionado.

—A ver, caraculo, los de la brigada chivata tienen el carne de por vida. Lo que pasa es que lo están paseando. Te lo cuelan y luego se lo llevan. Un consejo, DeFalco, no salgas demasiado por ahí con ese payaso. Aún pensará la

gente que está casado contigo. Salid por atrás. No quiero que me vean con una rata.

Coen no quería irse. Metió la bolsa bajo un taburete de la barra y pidió una ginebra con endrinos. «Bebida de mujeres», pensó Bummy, pero no le dijo al camarero que tapase las botellas. Brown se tomó una cerveza alemana con DeFalco. Solo miró una vez al teniente. Coen salió por la puerta delantera después de tomarse tres copas. Pispó unos cacahuets para Arnold. Rosenheim estaba en el coche, dormido, con un tebeo en español sobre los ojos. DeFalco fue a retorcer una oreja a Arnold, pero lo dejó al ver los morros de Coen. Se conformó con darle con el dedo en el pecho.

—Para que te fíes de los hispanos. ¿Quién te pagó para que mencionases Bummy's? Ahora resulta que el Hispano cree en fantasmas. Debe de haber estado esnifando cola.

—Manfred, Chino comía costillas. Tenía puesta una servilleta muy fina y ponía «Bummy's». Estaba ahí.

—Ya lo sé.

DeFalco se dio una palmada en el muslo.

—Jesús, ¿confías más en Arnold que en Bummy?

Regresaron a comisaría sin volver a hablar de Chino.

Embutido entre un barril de salmuera y un montón de manteles. Chino había visto a Arnold el Hispano a través de la rejilla del trastero de Bummy. Le daba lástima el Hispano, que no podía vivir sin dormir en coches de la policía y chupar el óxido de las celdas de comisaría. Pero no iba a dejar que un soplón con esposas fuese por ahí chivándole su escondite a los polis de Manhattan. «Arnold, uno de estos días te vas a juntar con tu amo. En el cementerio judío». Pensaba ir a por Coen y su hispano a la vez, partirlas los dientes, mostrarles lo poco provechoso que era meterse con Chino Reyes. Esperó a que los polis dejaran Broadway Este y luego salió del trastero sin dar la cara ante Bummy.

Llevaba puesto un pelucón rojo que había comprado en unos almacenes de Peil Street y más tarde retocado con unas tijeras. Se negaba a hacerle más concesiones a la poli. Llevaba el pelucón sobre todo por Bummy, tenía a varios capitanes invitados en su reservado y no podía permitirse una escena en su bar. De no ser por él, Chino habría meado en Ojos Azules y sus amigos.

Cruzó por Bowery, evitando los retorcidos callejones de Doyers Street, porque no quería que ninguno de los tenderos chinos le viese con peluca. En Mulberry estaba más seguro: ni a los italianos ni a los portorriqueños les importaría un chino pelirrojo. Paseó bajo las salidas de incendios de su antigua escuela. Por ser un chino de costumbres cubanas, los duros de la escuela pública 23 no le habían aceptado nunca (Chino tenía nueve años cuando llegó con su padre de La Habana). Le llamaban «negraco» y le impidieron el acceso a cualquiera de las bandas de chinos. Así que Chino tuvo que robar fruta y verdura por su cuenta. Copiaba el estilo de los macarronis que pululaban por Grand Street y a los once años ya vestía tirantes con sus iniciales en la presilla, pantalones acampanados desde la rodilla y calcetines a rayas. A los trece años, repartía bolitas de gamba y pato picante entre los jugadores de *fan-tan* de Mott y Pell. Pronto guardaba carteras y cinturones con dinero durante las partidas de *fan-tan* y se ganaba un extra arbitrando peleas entre jugadores, hasta que Coen le obligó a quitarse de en medio.

Reconoció a Solomon Wong sentado en un cubo de basura. Solomon lavaba platos para Reyes padre en Cuba y, como Chino y su padre, también se había hecho norteamericano. Vivía en los patios de algunos hoteluchos de Bowery. Cuando le veía en otoño, temblando de frío con un mugriento abrigo de entretiempo cuyas mangas podía enrollarse dos veces a la cintura, Chino estaba seguro de que el viejo no sobreviviría al invierno. Pero llegaba marzo y Solomon aparecía tirado en unas escaleras, en un cubo de ba-

sura, en un camión de reparto averiado con el abrigo aún más astroso que el año anterior. Ya estaban en abril y Chino se dirigió en español al viejo llamándole «tata» con mucho cariño y sin afectación.

—*Bueno' días, tata.*

El viejo eructó un «hola» macilento. Tenía problemas para pronunciar las eses sin dientes. Chino habría querido darle cien dólares, o incluso doscientos, pero Solomon se habría sentido insultado por un regalo tan espléndido. Chino había tenido que aprender el arte de la medida con aquel viejo. Solomon quizá aceptase un préstamo de cinco dólares, pero solo si se hacía en nombre del padre de Chino.

—Tata —dijo Chino, y metió el dinero en la manga de Solomon—. Los huesos de mi padre saltarán de su tumba si no me aceptas estos cinco.

Chino se fue a la pastelería Ferrara y pidió tres milhojas, un canutillo de nata y un vaso de horchata de almendra, bebida muy al gusto de italianos, cubanos y medio chinos. Un jugador de dados del otro lado de la ciudad le cogió con un milhojas a medias. El jugador tenía sesenta y siete años, el pelo teñido de rubio y lunas enteras en las uñas.

—Chino, quiero a la chica.

Chino atacó otro milhojas.

—¿Me oyes? Tiene que ser Odette.

—Ziggy, más te vale bajar el listón. Esa chica está fuera de catálogo.

Incapaz de trabajar en Chinatown, Chino mantenía una pequeña caterva de putas para un sindicato del otro lado de la ciudad.

—Zorro dice que aún está en activo. Esta se la cuento, Chino, va en serio.

—Cuéntasela —dijo Chino.

—Chino, te ofrezco ciento cincuenta. Es puro beneficio. No tiene ni que quitarse una prenda. Solo quiero mirar.

—Ziggy, lárgate ahora que todavía tienes dos piernas. No puedo digerir el canutillo con tu perfume en la nariz.

No todos los problemas de Chino tenían su origen en Coen. Estaba enamorado de una prostituta de dieciocho años, una de sus chicas. Chino distribuía octavillas que anunciaban a Odette, la reina del porno, por ciertos bares y establecimientos de caballeros, le organizaba encuentros con hombres serios que llegaban a su apartamento en Jane Street con billetes de cincuenta metidos en los zapatos, pero no era capaz de meter ni un dedo entre la ropa de Odette. Ella se negaba a fornicar con un chino. Tragándose su orgullo, ofreció pagar. Doscientos dólares. Por una de las chicas que controlaba. Doscientos dólares por alguien que debería estar admirando el cuero suave de sus tirantes, que debería estarle agradecida por hacerla rica. Odette dijo que no.

—Chiquitín, yo no me lo monto con pistoleros.

Chino hubiese querido marcarla, afeitarse el pubis, grabarle sus iniciales en la tripa, sin importarle lo valioso de la mercancía, pero Odette era capaz de controlar sus arranques con un par de palabras bien escogidas.

—A Zorro no le gustaría con sangre en el trasero.

Así que Chino fue directo de Bummy's a Ferrara, con la peluca de un color pardusco y sucio (no podía arriesgarse a ir a los *dim sum* de Mott Street, aunque se moría por comer cerdo con oreja marina), hasta que la baba empezó a acumularse en el labio inferior y se cansó del jarabe de almendra en la lengua. Entonces se fue en busca de Odette. Probó en Jane Street y aporreó el interfono con un dedo retorcido.

—Odette, ¿estás en casa? Quiero que hablemos. Te prometo que no te tocaré.

La casera de Odette salió a la puerta con rulos en la cabeza y chinelas rosas. No quiso abrirle a Chino, que se vio obligado a gritar contra el cristal.

—Lléveme donde la señorita Odette.